

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, noviembre de 1895 ✧ NÚMERO 56



MEMORIAS DE UN GENDARME

POR

PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

«—Entonces, haces otra clase de caza.

»—No: me gano la vida honradamente yendo á trabajar á jornal aquí y allá.

»—Y en tus ratos de ocio asesinas á los correos que llevan las cartas: ¿no es cierto?—me dijo bruscamente.

»Yo palidecí y lancé un grito.

»Pero ya el guarda campestre me apuntaba con su carabina, y me quedé mirando estúpidamente mi escopeta, que estaba colgada encima de la chimenea.

»—Acabas de hacerte traición, muchacho,—me dijo.—Hasta hace un momento no tenía más que sospechas: ahora estoy seguro de ello.

»Estaba yo tan sorprendido, que apenas pude balbucear:

»—Tenéis gana de broma, padre Santiago.

»—No, hijo mío. Yo no gasto bromas con mi deber,—respondió.—Y la prueba es que traigo aquí un par de lindas esposas completamente nuevas que me han dado los gendarmes y que te voy á poner.

»Yo soy fuerte, como me ves, y el padre Santiago era viejo.

»Pero tenía su carabina, y me dijo:

»—El juez de paz me ha autorizado para apoderarme de ti por todos los medios. Muerto ó vivo, es necesario que se te prenda, y si no quieres dejarte poner las esposas, te abraso.

»Como no podía resistirme, cedí, aunque protestando de mi inocencia.

»—No te será fácil probar eso,—dijo.

»Y añadió, abriendo la puerta:

»—¡Vamos! En marcha, pues de aquí á Laneuville hay un buen pedazo de camino.

»Yo había caído en la red como un tordo.

»El guarda campestre me hizo marchar delante de él.

»—La verdad es,—dijo á la vez que andaba,—que los gendarmes no se atreverían á venir á prenderme. Pero yo soy perro viejo, y me encargué de ello. Ya ves que sirvo tan bien como cualquiera otro para el caso: ¿no es cierto?

»—Creo que habéis bebido más de lo regular,—contesté.—No sé qué es lo que me queréis. Aunque cazador furtivo, soy un hombre honrado, y nunca he asesinado á nadie.

»—Pues bien: yo voy á probarte más claro que el sol que tú eres el asesino. El caballo y el cabriolé entraron, como de costumbre, en Laneuville, y el caballo se detuvo delante de la puerta. La directora se levantó y llamó á Morrel, el conductor, que no respondió. Sacudió y se llenó de sangre; pidió socorro; todo el mundo se puso en alarma, y acudieron los gendarmes. Entonces vimos que el saco de las cartas había desaparecido. Como ha llovido toda la noche, el camino está mojado. Cogimos

un farol del carruaje, y con los gendarmes y el juez de paz recorrimos el camino hasta Avalon. Tu diste el golpe en la curva de Maurienne; gastas zuecos que se marcan mucho y uno de ellos tiene clavos. Hemos hallado el sitio en que bajaste del carruaje para meterte en el bosque, y las cartas. Finalmente, al llegar el día he reconocido las huellas de tu pie, pues tienes un modo de andar que yo no puedo confundir con ningún otro.

»Estaba perdido. Era necesario que procurase escaparme, y eso no era muy fácil.

»Santiago sería capaz de dejarme tieso de un tiro si intentaba huir.

»No tenía más esperanza que la de que el perro viniese en mi busca.

»El valiente animal es como yo: viaja toda la noche y vuelve á casa al salir el sol.

»Yo no había querido que me acompañase, por miedo de que me estorbara, y debía estar en el bosque persiguiendo alguna liebre ó algún conejo.

»De pronto, al entrar en el bosque para tomar un atajo que conduce á Laneuville, apareció el perro.

»Se acerca dando saltos; le hago una seña, y antes que el padre Santiago haya tenido tiempo de ponerse en defensa, le salta á la garganta.

»Entonces grito yo:

»—¡Muerde! ¡Muerde!

»Para desembarazarse del perro, el guarda deja caer la carabina.

»Pero yo tenía esposas y no podía servirme de ella.

»Sin embargo, le puse el pie encima, y, lanzándome sobre el guarda, levanté en el aire mis dos manos, juntas como estaban, y le aturdí de un golpe terrible.

»Cayó de rodillas; yo repetí los golpes, y el perro acabó con él.

»Ya comprenderás, compañero, que me di prisa en huir.

»Un leñador me ayudó á desembarazarme de las esposas, y hace quince días que me están buscando. Pero sólo el padre Santiago conocía bien los bosques del país, y de los gendarmes puedo burlarme fácilmente.»

Mientras hablaban así, el asesino y el presidiario habían costeado las rocas, y de repente el último vió un hilo de humo que se elevaba por entre los árboles.

—Ahí está la sopa,—dijo Juan el Conejo señalando á la granja, cuyas agrisadas paredes se distinguían ya.

Juan silbó de un modo particular, luego se detuvo y esperó.

Al cabo de algunos segundos, respondióle un silbido igual al suyo.

—Podemos marchar,—dijo Juan.

Y prosiguieron su camino hacia la granja, cuya puerta se abrió ante ellos.

Presentóse una mujer.

—¿Eres tú, Juan?—dijo.

—Sí; y traigo un amigo.

La mujer lanzó una mirada recelosa sobre el presidiario fugado; pero el examen le agradó.

—Es un forastero,—dijo.

—Viene de lejos,—repuso Juan.

—¡Ah!

Los dos entraron en la granja.

Junto al hogar había tres personas de aspecto siniestro: dos hombres jóvenes y un viejo.

La mujer les dijo:

—Bien sabía yo que Juan vendría hoy.

—Ya no tengo pan, ni vino,—dijo el cazador furtivo.

—Pero, al menos, ¿tienes dinero?—preguntó el viejo.

—Callaos, padre,—repuso la mujer desabridamente;—Juan está aquí en su casa, y no necesita dinero para procurarse lo que le hace falta.

—¡Los tiempos son malos!—gruñó el viejo.

—Es posible,—replicó la mujer.—Pero yo quiero que se haga así.

Y lanzó sobre los tres hombres una mirada imperiosa y dominadora.

El presidiario fugado la miraba con sorpresa.

Era mujer de unos treinta y cinco años, de ancho talle, nerviosos brazos y curtido rostro, de una belleza salvaje, fatal.

—Bien sabéis,—dijo,—que ahora que Juan ya está lanzado, no se detendrá, y logrará tener dinero un día u otro...

—Si quiere trabajar,—repuso el viejo,—yo sé, por aquí, donde se puede dar un buen golpe.

Estas palabras hicieron estremecer al forzado.

XXX

El aspecto de los hombres, de la granja y de la mujer era algo extraño.

El viejo, cuya cabeza estaba completamente blanca, tenía un aire feroz y temeroso á la vez.

Feroz, cuando miraba á los dos jóvenes, que parecían ser sus hijos.

Temeroso, cuando sentía pesar sobre él la mirada de la mujer.

Esta, como se desprende de lo dicho, ejercía sobre los otros tres personajes un imperio despótico.

Catellos negros, labios rojos, ojos profundamente hundidos bajo la arcada superciliar, dientes puntiagudos y blancos como los de los carniceros: tal era aquella mujer que tenía algo de irresistible y de fatal.

Granja, hombres y mujer tenían nombres raros.

La granja se llamaba la *Fringale* desde hacía más de un siglo.

¿Por qué?

La palabra *fringale* significa hambre canina, y, fijándose en las escasas tierras pedregosas que componían toda la hacienda, se comprendía fácilmente la denominación.

Todos los labradores que la habían tomado en arriendo antes que la familia Leloup, habíanse visto obligados á renunciar á ella.

El padre Leloup (este apellido significa el lobo) había ido á establecerse allí hacía unos veinte años.

¿De dónde venía?

No lo sabía nadie: era forastero.

Su mujer había muerto, y él vivía con sus dos hijos, todavía pequeños, y una antigua criada que pasaba por haber sido algo más que esto.

Cuando esta mujer murió, el padre Leloup tomó en su reemplazo á la *Garduña*, que tenía á la sazón quince años, era hospiciiana y gozaba en el país una reputación de malicia y de maldad poco común.

Cinco años después, la *Garduña* se casó con Santiago Leloup, el hijo mayor, y desde entonces fué el ama absoluta de la familia.

Su suegro, su marido y su cuñado temblaban ante ella.

Dióle el capricho de otorgar sus favores á Juan el *Conejo*, y los Leloup soportaron esta humillación sin decir una palabra.

Sin embargo, al decir de la pública opinión, no eran gentes acomodaticias.

Sólo ellos habían hallado el medio de vivir en las tierras de la *Fringale*, pagando con regularidad el arriendo.

Esto era ya bastante para que se sostuviese que habían encontrado recursos en industria distinta de la agricultura.

Desde hacía largo tiempo circulaban siniestros rumores acerca de aquellos hombres, venidos no se sabía de dónde.

El viajero bien aleccionado no pasaba jamás, durante la noche, por los alrededores de la granja.

Decíase también en los pueblos de alrededor que si se removiese profundamente la tierra de los campos de la *Fringale*, el arado podría poner al descubierto blanqueadas osamentas.

Hasta se llegaba á contar la historia del castrador de bueyes.

¿Qué historia era ésta?

La siguiente.

Un castrador de bueyes, sorprendido por la noche y el mal tiempo, había llamado á la puerta de la *Fringale*, pidiendo asilo.

Volvía de una feria del Nivernés, á donde había llevado un rebaño numeroso y tenía encima una importante cantidad de dinero.

¿Qué había sido de él?

Los Leloup sostuvieron que había salido de su casa antes de amanecer, pero nadie volvió á verle.

La justicia hizo indagaciones y no pudo descubrir nada.

La población honrada del Morván no quería tener trato alguno con los Leloup.

Estos tenían que ir á vender sus mercancías lejos de allí.

Solamente los cazadores furtivos, las gentes perseguidas por la justicia, no se desdaban de entrar en la *Fringale*, y el viejo arrendatario tenía siempre pólvora y aguardiente para vendérselas.

La *Garduña*, no más, tenía la audacia de

mostrarse, en pleno día, en el pueblo de Laneuville, en Chastellux y en Avallon.

Era mujer de rompe y rasga y no se dejaba imponer fácilmente.

Fuera de casa, la temían casi tanto como en la granja.

Juan el Conejo ya sabía lo que se había hecho al llevar á su nuevo amigo, el forzado evadido, á aquella guarida.

El viejo Leloup se apartó gruñendo del sitio

—Yo los he visto,—repuso *la Garduña*.—Es preciso que yo lo sepa todo, y he ido al pueblo expresamente. Tienen malas trazas. Hay uno, sobre todo, que viene de hacer la campaña de África y que parece hombre temible. Pero todo esto no debe impedir que nuestro pobre Juan y su compañero cenén. Si fuera preciso, tenemos dispuesta la tina de la bodega, que es un buen escondite. Estarían diez años dando vueltas al rededor sin descubrir nada.



Entonces tomó la palabra Juan el Conejo

que habitualmente ocupaba, para dejar que los recién llegados se acercasen al fuego.

—Compañero,—dijo Juan al presidiario,—aquí se está tranquilo y se puede cenar cómodamente.

—Voy á descolgar la marmita y á poner los platos en la mesa,—dijo *la Garduña*.—Santiago, entretanto, vigilará fuera.

—Eso nunca está de más,—murmuró el viejo Leloup,—pues los gendarmes no cesan de husmear; y si vienen aquí, volveremos á tener razones, como en tiempos del castrador de bueyes.

—En primer lugar,—dijo *la Garduña*,—que no vendrán.

—¿Quién sabe!—exclamó el viejo.—¿Ignoras que ha sido cambiada la brigada de Laneuville?

—¿Desde cuándo?—preguntó con viveza Juan el Conejo.

—Desde hace quince días.

—Y ¿se ha visto á los nuevos?

Al hablar así, descolgó la marmita de hierro que hervía sobre el fuego, y se puso á llenar los platos.

Santiago Leloup cogió su escopeta, y, dócil á la voluntad de su mujer, salió con aire de mal humor, para hacer el centinela por los alrededores de la granja.

Entonces tomó la palabra Juan el Conejo.

—¡Eh! Padre Leloup,—dijo,—hace poco sosteníais que se podía dar un buen golpe por aquí...

—Sí,—replicó el viejo;—pero para darlo se necesita tener alma, y no sé si tú tendrás bastante. En cuanto á mí, ya soy viejo, y mis hijos son unos cobardes: un perro de ganado les da miedo.

—¡Bah!—dijo Juan.—Así como así, no me pueden matar dos veces, y es necesario que tome el desquite.

—Eso es hablar,—exclamó *la Garduña*.

—Contadnos la cosa, papá,—añadió Juan el Conejo.

El forzado comía con avidez, pero era todo oídos.

—Quiero hablar del Sr. Jalouzet,—dijo el labrador.

—¿El viejo de la Combette?

—Sí.

—Bien; ¿y qué?—preguntó Juan —¿Qué se ha de hacer con él?

—El buen hombre es viejo y rico.

—¡Oh! Tiene tierras; pero ¿y dinero?

El viejo Leloup se encogió de hombros.

—No tendríamos en la bodega bastantes toneles para guardar el que hay en su casa.

—¿Lo creéis así?

—Te digo que sería un gran golpe, si se pudiese dar.

Juan pareció reflexionar.

Luego dijo:

—Bien sé que la Combette,—tal era el nombre de la finca de que se trataba,—está muy aislada, y que hay media legua á través de los bosques antes de que se encuentre ninguna otra casa. También me consta que el viejo no tiene mujer ni hijos; pero la granja está muy cerca.

—Eso es verdad.

—Y allí hay dos criados, el hombre y la mujer.

—¡Bah!—hizo el viejo con desprecio.

—La mujer es una mocetona robusta. El hombre es guardabosque, y á cien pasos mete una bala en el tronco de un árbol.

—No digo que no,—repuso el viejo.

—Además,—continuó el Conejo,—hay dos grandes perros casi tan feroces como lobos y á los que sueltan por la noche.

—Si sólo los perros te estorban, yo me encargo de envenenarlos,—dijo la Garduña.

—Esta pequeña,—dijo el viejo, que era cortés á ratos,—tiene muy buen sentido.

—En suma: los labriegos son muchos, y las puertas de la Combette no están hechas de madera podrida... ¿Qué queréis que haga un hombre solo?

—Es que seríamos dos,—repuso el presidiario.

—Bueno,—replicó Juan;—pero no por eso me inquietan menos los granjeros y el guarda. Todos son cazadores y hombres robustos.

El viejo Leloup se encogió de hombros desdenosamente.

—¿Qué día es hoy?—dijo.

—Jueves,—repuso la Garduña.

—Sí; pero ¿cuántos del mes?

—Veintidós.

—¿De qué mes?

—¡Toma! De diciembre.

—Pues bien: dentro de dos días será Nochebuena y se cantará la misa del Gallo en el pueblo de Laneuville.

—Es verdad,—dijo el cazador furtivo.

—Hay que creer que irán á ella las gentes de la Combette.

—Sí; pero también irá el amo.

—¡Oh! No. ¿Ignoras que hace alarde de ser pagano? Sólo va á la iglesia cuando se canta en ella un *Te Deum*.

—¡Pues no es mala la idea! Será cosa de charlar un poco sobre ella.

Y, colocando los codos sobre la mesa, encendió su pipa.

El presidiario escuchaba con avidez.

El viejo Leloup añadió:

—Hace poco dijiste una gran verdad, Juan. No se puede matar dos veces á un mismo hombre. Tus cuentas con el correo están ya arregladas. Puedes ensayar con el otro, y todo será ganancia.

—Tenéis razón, padre,—dijo la Garduña con una calma espantosa.

XXXI

El Sr. Jalouzet, el anciano propietario de quien había hablado el padre Leloup á Juan el Conejo, era un hombre de sesenta y seis años, alto, seco, fuerte y algo volteriano.

Aparte ciertos defectos insignificantes, era un buen hombre, ni avaro ni pródigo, que hacía educar en París á dos sobrinos, que eran sus únicos herederos, daba limosnas, hacía mucho bien y era querido de todos sus vecinos.

El mismo cura se arriesgaba á pedirle para su iglesia, y, á pesar de sus principios, el señor Jalouzet no se negaba jamás.

Tenía una gran fortuna, adquirida honradamente en el comercio de maderas, y nunca había querido casarse.

Su propiedad, una especie de castillo respetado por la Revolución y flanqueado por una enorme granja, estaba aislada en el fondo de un valle bastante salvaje.

Pero el Sr. Jalouzet era cazador, no obstante su avanzada edad, y le agradaba aquel sitio. Vivía en la Combette hacía más de veinte años, y sólo salía de ella para ir á Laneuville á algunos asuntos de interés.

Pese á la situación aislada de su casa, el dueño pretendía que los ladrones no existían, que los asesinos eran pura ficción, y no quería creer que quince días atrás hubieran dado muerte al correo.

Aquel día, víspera de Navidad, el Sr. Jalouzet había recibido la visita de los gendarmes recién llegados, pues, como lo había dicho el viejo Leloup, habían cambiado la brigada.

El Sr. Jalouzet debía la visita á su calidad de miembro del Ayuntamiento.

—Señores,—les dijo, ofreciéndoles un vaso de vino blanco,—sin duda, se os habrá hablado muy mal del país; pero no lo creáis. Aparte de algunos cazadores furtivos, todos los demás son gentes honradas.

—Sin embargo,—observó el nuevo sargento,—han asesinado al correo.

—Habrá sido algún malhechor que haya venido de paso.

—Pues nos han hablado de cierto Juan el Conejo,—dijo otro gendarme, que era nuestro amigo Nicolás Santereau.

—¡Bah! ¡Bah! Y ¿eso qué? Conozco á Juan el Conejo. Es un holgazán, un cazador furtivo; pero nada más.

El optimismo del Sr. Jalouzet no había vencido á los gendarmes, que se fueron, prometiéndose ponerse en campaña al día siguiente para dar caza al terrible Juan *el Conejo*.

A las diez de la noche, el Sr. Jalouzet, con los pies sobre los morillos de la chimenea, leía el periódico, cuando entró Mariana.

Esta y su esposo Maubert, el guardabosque, componían toda la servidumbre de Jalouzet.

—Y bien, señor,—dijo Mariana;—¿no venís á la misa del Gallo? Es Nochebuena.

Al oír su respuesta negativa, Mariana repuso sonriendo:

—Ya me figuraba que no iríais; pero como todas las gentes de la granja van y no es cosa de dejaros solo...

—¡Eh!—exclamó Jalouzet.—Y ¿por qué no se me ha de dejar solo? ¿Acaso tengo miedo á alguien?

—Sin embargo, anda muy mala gente por el país.

—¡Ta, ta, ta! Ya hablas como el sargento de gendarmes.

—Podéis ponerlos malo...

—Me siento perfectamente.

—O necesitar alguna cosa...

—¿Me dejarás tranquilo, vieja bruja?

Y Jalouzet despidió á Mariana.

Pero ésta dijo á su marido:

—Tú te quedarás, pues es preciso vigilar.

Maubert era de la escuela de su amo.

—Eso no me viene bien,—dijo.

—Y ¿por qué?

—Porque pensaba ir á pasar la velada en la granja de los Roussettes.

—¡Viejo borracho!—dijo Mariana.—Tienes cincuenta años cumplidos. Si fueses á los Roussettes sería para beber toda la noche, sin contar con que te gusta la Marinilla, la hija del arrendador. ¡Te mando que te quedes aquí!

Maubert estaba dominado por su mujer y no pasaba en el país por ser quien en su casa llevaba los pantalones; pero, como todas las naturalezas débiles, era terco.

Pareció resignarse y dijo:

—Sea: me quedaré.

Y se colocó junto al hogar de la cocina.

Mariana fué á unirse á los labradores que partían en grupo á Laneuville.

Maubert hizo gran estrépito, cerrando puertas y ventanas.

Mariana, al irse, decía:

—El amo puede decir que el país es honrado; pero yo creo que nunca se tienen bastante buenos perros de guarda en casa.

Los perros á que hacía alusión eran dos enormes molosos, macho y hembra.

Cuando Maubert calculó que su mujer y los labriegos estaban lejos, se dijo:

—El amo se va á acostar. Cuando esté en la cama, yo me largaré.

No tuvo que esperar mucho.

Jalouzet salió del gabinete del piso bajo, donde cenaba y pasaba las veladas.

Luego, tomando su palmatoria, atravesó la

cocina y vió á Maubert que fumaba su pipa junto al hogar.

—¿No vas tú á la misa?—le preguntó con ironía.

—No, señor,—repuso Maubert.

—¿Entiendes tú á tu pícara mujer, que está empeñada en que hay ladrones en el país?—añadió Jalouzet.

—¡Bah!—exclamó Maubert.—Ya sabéis, señor, que las mujeres siempre son miedosas.

—Tienes razón. Buenas noches.

Y Jalouzet se fué á acostar.

Entonces Maubert reemplazó sus zapatos por zuecos, encendió una nueva pipa, tomó su escopeta y se dijo:

—Vamos á probar la nueva cosecha del arrendador de los Roussettes.

Desató á los perros y los soltó en el patio. Luego silbó á *Barbouillot*.

Era éste un perruelo gordo que no se separaba nunca de Maubert y le hacía matar más liebres y corzos, por sí solo, que una jauría entera.

Pero *Barbouillot* no respondió al silbido.

—Ya sé lo que es,—murmuró el guardabosque.—*Venus* le impide venir. Pero ¡ten cuidado! Si no andas listo, *Júpiter* te ajustará las cuentas.

Venus y *Júpiter* eran los dos perros grandes.

Y el guardabosque salió sin hacer ruido y partió sin el perrillo.

En el momento en que cerraba la puerta del jardín, una mujer caminaba gallardamente, con la cesta al brazo, por el sendero que llevaba por un atajo á Laneuville.

Maubert la reconoció.

—¡Eh!—gritó.

Ella se detuvo.

—¡Calle! ¿Sois vos, Maubert?

—Sí. ¿A dónde vas?

—A la misa.

—¿Y tus hombres?

—En la taberna. Y vos ¿á dónde vais?

—A los Roussettes.

—¡Ah, bribón! ¡Como la Marinilla tiene tan hermosos ojos!...

—¡Calla, charlatana!—dijo el guarda con aire vanidoso.

Maubert no participaba de la opinión general respecto á *la Garduña*.

Le parecía una *guapa chica* y se atrevía, á veces, á hablar con ella.

—Y bien, vecina,—dijo guiñando un ojo;—supongo que estarás desconsolada.

—¿Por qué?—repuso ella riendo.

—¡Diablo! Porque dicen que Juan *el Conejo* ha dado un mal golpe.

—Esas son calumnias,—dijo *la Garduña*.

—¿Ha logrado escaparse?

—No digáis tonterías, Maubert. Mejor haríais en darme de beber.

—Con mucho gusto,—repuso galantemente Maubert.

Y volvió á abrir la puerta del huerto.

—Sólo,—dijo,—que será preciso no hacer ruido para no despertar al viejo.

—¿Se ha acostado ya?

—Sí.

Maubert introdujo en la casa á *la Garduña*.

Cuando ésta atravesaba el patio, ladraban los perros; pero Maubert los hizo callar.

Luego fué á sacar vino blanco y desenterró algunas castañas que se asaban bajo la ceniza.

Al cabo de algunos momentos, *la Garduña* se levantó.

amo, no obstante el afecto que le profesaba, quejábase de la tozudez del viejo y de su optimismo.

—¿Creerías, Jerónimo, —decía al granjero, — que los gendarmes vinieron ayer?

—Los ví, —dijo el interpelado.

—¿Y que el amo les dijo que el país era seguro, que jamás se cometían crímenes y que seguramente era un forastero el que asesinó al correo?



La Garduña abrió su cesta y arrojó al suelo algo parecido á un trozo de carne

—¡Eh! —dijo. —¿Queréis que falte á la misa, viejo cazurro?

—No, —respondió Maubert. —Yo voy á los Roussettes.

Y, saliendo ambos de la cocina, atravesaron de nuevo el patio.

Maubert iba delante.

La Garduña abrió su cesta y arrojó al suelo algo parecido á un trozo de carne.

Los perros se precipitaron sobre ello.

Pero Maubert no vió nada.

Al llegar al camino, los dos se separaron.

La Garduña se dirigió á Lanauville.

Maubert se fué á los Roussettes á campo traviesa.

—¡Como si no supiéramos que ha sido Juan el Conejo! —dijo Jerónimo.

—¡Ah! ¡Bribón! —exclamó Mariana. —Si le cogen no tendrá mal negocio.

—Sí; pero no le cogerán. Hace quince días que le buscan, y ya comprenderéis que ha tenido tiempo para irse muy lejos.

—Pues yo creo lo contrario, —dijo Mariana.

—¿Cómo es eso?

—Porque tiene amigos en el país. Los Leloup le habrán ocultado.

—¡Oh! ¡Esos bandidos! —exclamó Jerónimo.

—Yo desconfío de ellos más que de Juan el Conejo. Son asesinos y ladrones.

—Pues no habléis de ellos, Jerónimo: eso trae desgracia.

Había allí un pastorcillo que iba de viaje y caminaba silenciosamente al lado de su amo el granjero.

Se llamaba Juan Blanc.

—Yo, —dijo tímidamente, —sé más de lo que parece.

XXXII

Entretanto, Mariana y las gentes de la granja de la Combette habían ido á la misa del Gallo.

Mariana, que gustaba de murmurar de su

—Y ¿qué es lo que sabes, pequeño?—dijo Mariana.

—Si cuando lo del castrador de bueyes que ellos asesinaron hubiera ido yo con los gendarmes, habría sabido encontrar el cadáver.

—¡Ah!—exclamó Mariana.

Pero el granjero hizo un gesto de espanto.

—¡Calla, pequeño!—dijo.—No conviene meternos en lo que no nos importa. Si los Leloup supieran que hablas de ellos, te jugarían alguna mala partida.

—Pues bien,—repuso Mariana;—yo creo que estáis equivocado, padre Jeromo. Si los hombres honrados tienen miedo, los bribones camparán por sus respetos. Habla, pequeño: ¿qué es lo que sabes?

—Bueno,—dijo el pastor, á quien la reprimenda de Jeromo había vuelto prudente;—cuando sea preciso hablar, ya lo haré. Ahora no vale la pena, pues ya nadie piensa en el castrador de bueyes.

Cuando se acercaban á la aldea, Mariana dijo:

—Yo siento haber dejado solo al amo.

—No está solo, pues se ha quedado Maubert,—observó la granjera.

—¿Maubert?—exclamó Mariana con acritud.

—Bien se ve que no le conocéis. Se consume por ir á los Roussettes. Es un desatinado. Aun no habremos vuelto la cabeza, cuando estará saliendo por la puerta de atrás.

—¡Bah!—dijo Jeromo.—El amo puede dormir bien tranquilo, aunque no esté Maubert. ¿Acaso no tiene á *Júpiter* y *Venus*?

—Es verdad que son buenos animales,—repuso Mariana,—y, sin embargo, no estoy tranquila.

—¡Tontería! Desde hace cien años somos granjeros en la Combette, de padres á hijos, y nunca ha pasado nada.

—Pues yo presiento una desgracia,—dijo Mariana.

Al hablar así, oyóse á lo lejos, detrás de la pequeña comitiva, un ruido de zuecos que resonaban sobre la tierra endurecida.

Mariana se volvió.

—Mirad,—dijo;—aun hay gentes que van más tarde que nosotros á la misa.

La persona que caminaba detrás iba de prisa, y pronto, á la claridad de la luna, pudo verse á una mujer que se acercaba con un cesto al brazo.

—Has hecho bien en callarte,—dijo el granjero.—Cuando se habla del lobo, pronto se le ve el rabo.

Y Jeromo se echó á reír de su juego de palabras.

En la mujer que marchaba detrás de ellos, y que no tardó en reunirseles, reconoció á *la Garduña*.

—¡Ah!—dijo Mariana en voz baja.—Esta mujer me da horror.

—No digo que no,—repuso Jeromo;—pero en este mundo es preciso ser corteses con todos, y lo que se dice de los Leloup no nos toca á nosotros.

—¡Viejo cobarde!—exclamó Mariana.

La Garduña llegó junto á ellos.

—Buenas noches, Magdalena,—le dijo el granjero en tono apacible.

La Garduña respondió:

—Buenas noches, Jeromo. Parece que hace frío esta noche.

—¡Brrr!—exclamó el granjero.—Si las mujeres no tuviesen tanto empeño en ir á la misa del Gallo, ya estaría yo metido en la cama.

—Pues yo no voy á la misa,—dijo *la Garduña*.

—¿A dónde vas?

—A buscar á mis hombres, que empiezan á celebrar la Navidad desde la víspera.

—¿Están en la taberna?

—Justamente; y de fijo peleándose con alguien. Son unos majaderos, especialmente el viejo.

Y *la Garduña* apretó el paso, no tardando en dejar atrás al granjero y sus acompañantes.

Jeromo no tardó en llegar á las primeras casas de Laneuville.

La iglesia estaba al extremo del pueblo y la taberna á la entrada, precisamente frente á la gendarmería.

La taberna, única en el país, pues había café, á cargo de Bridal, en la parada de las postas, ostentaba por título: *Al vinillo blanco de Avallon*.

Sólo los campesinos frecuentaban la taberna; los medio señoritos y los artesanos iban al café.

Aquella era el punto de reunión de los granjeros, los tratantes en cerdos y bueyes y los mozos de labranza que aspiraban á cambiar de condición.

Estaba regentada por una mujer, la Bilin, que tenía mala reputación, pero que abría crédito á los parroquianos. Así es que éstos abundaban.

Al pasar por allí, Jeromo lanzó una ojeada á través de los sucios vidrios de la ventana que daba á la calle.

La taberna estaba llena de gente.

En el centro había una mesa cubierta con un tapete grisiento y á la cual estaban sentadas cuatro personas que jugaban á la imperial con unas cartas que, lo menos, tenían diez años de servicio.

Jeromo reconoció, en dos de los jugadores, al viejo Leloup y uno de sus hijos.

El otro, el marido de *la Garduña*, estaba en pie, bajo la campana de la chimenea, fumando su pipa.

La Garduña, sentada en un rincón con la Bilin, bebía un vaso de vino blanco.

(Se continuará)